por Carlos Real de Azúa

EL CREADOR DE SU TIEMPO

HACE ya unos años conocimos a Milton Vanger. Era para nosotros —antes de que el trato personal nos permitiera categorizarlo mejor— uno de esos vagos y numerosos profesores norteamericanos que pasan por estas latitudes sin ocupación ni destino bien definidos. En el viejo cuartito para investigadores de la Biblioteca Nacional, leía incansablemente los voluminosos tomos de "El Día" de principios de siglo. Cuando nos enteramos que preparaba el libro sobre Batlle que hoy ya circula (1) nos pareció un método sumamente peligroso este buceo de fuentes a través del órgano oficial del personaje y de su movimiento. Esto, entiéndase bien, si no se fuera a otros repositorios, si no se buscaran otras evidencias. En el caso de Vanger, sin embargo, no contábamos con que el día tiene más horas que las muy cortas en que la Biblioteca se habilita y que, fuera de ellas, el investigador empleó muy bien, muy *metódicamente* su tiempo. Porque este estudio sobre la primera Presidencia de Batlle muestra que Vanger ha pulsado todo el vasto material de libros y folletos políticos del período; las versiones parlamentarias (*indagadas casi exhaustivamente*), los diarios de los dos partidos tradicionales y de sus varios matices, el poco transitado caudal del Directorio del Partido Nacional, el testimonio oral de los supervivientes de la época, de los que entrevistó a todos los que podían aportar algo sustancial. A esta importante suma, nunca congregada hasta hoy. Vanger agregó indagaciones en los archivos del "State Department" que iluminan, como se señalará, algún decisivo episodio. También, y no es cierre chico para la cuenta, el valioso, decisivo y prácticamente inusado archivo del propio Batlle.

¿Abona el resultado la utilidad de este esfuerzo, la cuantía de esta congregación? Dígase sin titubeos que sí. Las setecientas cuarenta y una notas que pausan *inevitablemente* el relato historiográfico no son —modesta, descarnadamente— el simple testimonio de una escrupulosidad que, en el nivel científico en que ha debido trabajar Vanger, es absolutamente inexcusable. Con esta conciencia, sin embargo, y no sólo desde el lado norteamericano, se han producido centones plúmbeos y verdaderos mazacotes. El libro de Vanger, sobre ser sólido, es perspicaz; sobre ser sólido y perspicaz es, aventuremos dos términos imprecisos, creador, original. (Todo lo original que en historia es posible —y es cauto— ser).

★ *Las razones de una simpatía*

"**José Batlle y Ordóñez, creator of his times**" es, en suma, el feliz resultado de una serie de factores. De las técnicas de investigación histórica universitaria, tal como se estilan en los Estados Unidos, es uno. De los sólidos medios económicos con que estas técnicas están servidas, es otro. Pero igualmente han concurrido un apasionado interés por el asunto, un interés en el que el investigador aparece comprometido totalmente. Por último ese interés y ¿por qué no? esa devoción, han estado esclarecidas por una auténtica sutileza. Escasamente yanqui, mediterránea sospéchese, esa sutileza completa los dones innegables que han presidido la gestación de este libro.

El no ser Vanger un "estadounidense típico" —con todas las dificultades que fijar esta índole de "media" apareja— complica una pregunta que su obra y otras semejantes suscita. Esto es: las razones de la simpatía norteamericana por Batlle. Con el más limpio interés científico puede hacerse esta interrogación, sin impertinencia ni sarcasmo para él ni para sus numerosos admiradores del Norte.

Un malicioso reductivista podría responder que el no haber tocado los intereses estadounidenses en el país —que eran en su tiempo poco considerables— y el positivo sesgo anti-inglés de su política de nacionalizaciones es causa bastante. No negamos su importancia, pero sí que ella agote la explicación. Tampoco resultaría negable el peso de la consistente simpatía de Batlle por los Estados Unidos, heredada por él, como tantas otras cosas, de la *tradición liberal sarmentina*. Ni el sesgo pro-estadounidense que el Batllismo imprimió a su militancia pro-aliada en la primera Guerra Mundial y que tuvo a Brum por principal artífice. Más amplio y comprensivo parece, con todo, inferir que el Uruguay que contribuyó Batlle a modelar: secularizado, burgués, "moderno", "progresista", civil, dotado de gobiernos regulares, tiene que haber parecido (y parecer todavía) un ente demasiado disímil con todo el resto del continente del sur, casi milagroso y, por fin, lo suficientemente cercano a la sociedad norteamericana como para no suscitar un inequívoco impulso de simpatía, de reconfortante seguridad, de gratitud, casi. En el norteamericano responsable que mira el mundo que queda al sur del Río Grande con perplejidad, furia o desaliento, el Uruguay (por lo menos el Uruguay de Batlle) tiene que resultar el "pretty little state" que no necesita, ni hubiera necesitado, de "Alianzas", de promesas heroicas, de buenas intenciones.

En la actitud con que Vanger se ha enfrentado a su tema es difícil negar el peso de estas consideraciones: al fin y al cabo, de patria somos. En un intelectual "liberal", y tal vez "radical" (los dos términos en la acepción norteamericana) pueden influir otros factores, y éste, creemos, es el caso de Vanger. Pues ocurre, justamente, que *el laicismo anticatólico* y *el estatismo* nacionalizador de Batlle son los dos aspectos que más parecen haberle atraído en la recia personalidad del dos veces presidente del Uruguay.

★ *La imposibe objetividad*

Vanger ha querido contar, lo dice en su prólogo, **los acontecimientos que transformaron a Batlle en BATLLE** (pág. XII) Explícitamente marca su insatisfacción ante las varias biografías apologéticas de que Batlle ha sido objeto y, en verdad, su libro, por el tono, los juicios, los reconocimientos de muchos hechos se puede poner, abismalmente, aparte de obras como la de Zavala Muniz, la de Rodríguez Fabregat o la de Giúdice y González Conzi. En su disgusto ante esos textos —cuyas deficiencias precisamente justifican el suyo— el autor trae a colación la propia opinión de Batlle en sus notas a la visión mitificadora de González Conzi. En las acotaciones editadas por Medina Vidal, Vanger le da especial importancia —y es solo un ejemplo— a aquéllas en que Batlle desmintió, terminantemente su presunto "*anticuestismo*" de 1903. El, por su lado, no se queda corto en subrayar la constante duplicidad y sofistería que pautaron la carrera política de Batlle. Una *duplicidad insanable* que permitió coexistir al empeñoso propulsor de la espontaneidad política de las "bases", al adalid del sufragio libérrimo y responsable con el jefe férreo de una facción que eligió a dedo durante su primera presidencia al propio sucesor, que intervino decisivamente en todas y cada una de las candidaturas legislativas de su partido, que unció bajo su mano, mansa pero también implacablemente, los anárquicos elementos de la politiquería criolla. Con una sutileza no exenta de humor, analiza Vanger las múltiples fórmulas de influencia moral "legítima" que ideó Batlle por ese tiempo. No destaca en cambio, y habrá que hacerlo, que ese conflicto entre su conciencia liberal y su temperamento

político es probablemente una de las claves más hondas de su personalidad. Tampoco evita el historiador, tan devoto de su tema, marcar las que pueden llamarse infracciones de Batlle a la buena fe y a la palabra empeñada. Tal la violación de la promesa de no otorgar la jefatura política de Cerro Largo a un hombre de la fracción de Justino Muniz. Tal la violación —mucho más seria, porque se dirigió contra políticos que como los de la fracción de Acevedo Díaz habían estado de su parte en la guerra de 1904 — de no modificar las leyes electorales y la distribución de las bancas parlamentarias sin el pleno acuerdo de los partidos (págs. 172-173). Y en el cauto balance final, destaca Vanger, tampoco sin ironía, que los cuatro años de estabilidad y promoción económica de la primera presidencia aseguraron por muchos años, la preeminencia de la ganadería sobre la agricultura (el resultado exactamente opuesto a aquel que Batlle, tenazmente, buscó).

Pero, con todo este cuidado de matices y precisiones, el "Batlle" de Vanger sufre de una desmesura parcializadora e, inevitablemente parcial, que viene de la misma naturaleza de su enfoque. Pues, parecería imposible (por lo menos no conocemos excepciones) que un estudio bio-histórico, cuando el personaje es titular del poder, centro nominal de la política, evite, en margen suficiente, protagonizar en torno a él un curso demasiado heterogéneo de acontecimientos. Que en los términos de este libro, el interesante y, en cierto grado independiente proceso de la transformación y reconstrucción del Partido Nacional parezca, desnuda, funcionalmente, una pura réplica (y una impotente réplica) al constante acierto, al persistente éxito de todo lo que Batlle emprendía, es una de las consecuencias de lo anotado. Pero, y aquí queremos marcar nuestra más gruesa disidencia con el libro, las propias simpatías que llevaron a Vanger al tema y las que se acendraron en su estudio, le hacen caer en ciertas *infracciones graves a la neutralidad* de un historiador que se quiere científico y que es, además (no hagamos retórica planetaria) extranjero.

El tono de satisfacción sardónica (nos limitamos a alinear) con que subraya Vanger la impotencia blanca después de 1904 no es **científica**. La afirmación (pág. 110) de que Batlle no pudo haber querido la guerra de 1904 porque era contrario a las corridas de toros y a las riñas de gallos es, por lo menos, descaminada y cándida. La ubicación entera de Rodó como político "elitista" y oligárquico, la calificación de sus ideas religiosas, muy cerca del esquema reaccionario de "religión-contención de los pobres" (págs. 249-250) no sólo está teñida de hostilidad sino que lo lleva a uno de los pocos errores cabales de su obra: Rodó no se fue a Europa en 1906 porque la Cámara elegida no sería de su gusto, sino que tuvo que esperar diez años más para poder hacerlo y las razones de su cuasi-exilio no fueron tan elementales. La misma hostildad portan todas las referencias a Herrera y aunque la memoria de éste tenga tantos defensores cotidianos y bien remunerados, anótese que *la afirmación de que* Herrera en su primera diputación **armaba cualquier clase de escándalo parcialmente por broma**, (pág. 190), de que era **incorregible** (p. 237) son difícilmente valederas. Si el agudo sentido del humor, si cierta alegría retozona y antisolemne que detonó siempre en el mundo de los procerones planchados y cejijuntos, si el deleite del "juego" político como arte y hasta como vocación son tal vez notorios en toda la existencia de Herrera, las circunstancias de 1905 y 1906 eran demasiado acuciosas para su partido como para que Herrera pudiera desplegar, con la ligereza que Vanger le atribuye, este aspecto de su personalidad. (Un aspecto de su personalidad que no estaba reñido con la devoción firme, persistente, a ciertos valores y principios arraigadísimos en él). Igualmente, si en el contexto de las ideas de Herrera y en la trayectoria posterior del Partido Nacional puede inferirse con relativa seguridad que a aquél no lo desvelaba exactamente la suerte del proletariado, si se puede —"La Encuesta Rural" en mano— afirmar que Herrera consideraba aceptable y hasta envidiable la condición del peón de estancia, si tiene visos de verosimilitud pensar que los proyectos laborales Herrera-Roxlo y las cláusulas correlativas del programa del Partido Nacional de 1906, redactados por éstos y Julián Quintana tuvieron mucho de "tácticos", si todo esto es, decimos, seriamente presumible, muy otra cosa es afirmar lo tan dogmáticamente como Vanger lo hace. Mucho más si en una nota, después de mencionarse la antedicha plataforma se dice **ni el Partido Nacional ni sus autores tomaron el programa seriamente**, agregando en seguida la re-

(Pasa a la pág. sig.)

¡¡LIBERTAD PARA ESPAÑA!!

INVITACION

El ATENEO DEL URUGUAY, invita a sus asociados, amigos, instituciones gremiales, profesionales, estudiantiles y a las entidades españolas republicanas del Uruguay, a concurrir a la reunión preparatoria para crear un gran MOVIMIENTO NACIONAL DE APOYO Y SOLIDARIDAD CON LA ESPAÑA REPUBLICANA Y CONTRA LA DICTADURA DEL Gral. FRANCISCO FRANCO, que se realizará en su sede de la calle Colonia 838 casi Andes, el próximo viernes 24 de mayo a la hora 19 y 30.

¡¡POR ESPAÑA, CONTRA EL FRANQUISMO!!

ATENEO DEL URUGUAY — Colonia 838 casi Andes

● **La ciencia ficción** —ya lo anotaba Kingsley Amis en su **New Maps of Hell**— es territorio de la narrativa, no de la poesía. Y sin embargo algunos de sus temas, de sus interrogaciones al misterio, algunos testimonios de la presencia poderosa de los "extraterrestres" sabios y caritativos fue durante siglos patrimonio inalienable de la poesía. La comunicación de un saber inmenso y las dificultades de su adaptación al hombre, tal como en las últimas páginas de **La nube negra** adquieren la mayor tensión creadora del texto de Hoyle, parecen regir este poema de Amanda Berenguer, donde la acechanza del mensaje superior se hace en los términos a que nos acostumbra el lenguaje científico, y ese mensaje está ligado a la necesidad de cambiar la vida fracturada de los humanos, y apera a una verdad, a una caridad, restauradora de los ideales de la existencia. — AR.

Comunicaciones

por Amanda Berenguer

URGE el pensamiento conectando
¿se siente? ¿alguien entre líneas?
¿errata? ¿paréntesis? ¿qué signo?
¿escuchan?
(La claridad del lenguaje
tiene apenas
la intensidad ambigua del poniente)
Estamos aquí, lanzados a la noche
terrestre, apretujados,
aquí, en la noche terrestre, aquí,
en la noche terrestre.
De nuevo el hilo,
el cable roto, el deslumbrante
cortocircuito.
¿No oyen? ¿No se oye?
Palabras mías, insensatas,
hechas de furor y de locura,
cuantiosa tesitura negra
a borbotones desbordándose
hacia dentro, hacia
el fondo
interpolado de rígidas luciérnagas.

Tiembla y destella, hace señales,
todas son huellas de la eternidad,
enumeradas y prolijas,
cuernos de caza, al mundo,
aullidos de perros, está el desierto,
toques de peligro, inútilmente,
pasos cambiados, ¿dónde?,
campanas para niebla, una piel fosforescente,
pedidos de auxilio, y envenenada,
sirenas de patrulleros, llamando,
gritos de alarma, solo, solo, solo,
bocinas de ambulancias, se hace tarde,
quiero saber si se hace tarde.

Un código de emergencia,
un vaso de agua, un hueso
para la inteligencia,
un alfabeto de clave radioactiva,
o telepática, o nuclear,
o una sustancia de amor
para esta extrema ubicación,
25 de abril de 1963, otoño,
en mi casa, hemisferio austral,
aparentemente a la deriva.

(Viene de la pág. anterior)

EL CREADOR DE SU TIEMPO

ferencia al diario de Herrera ("La Democracia") y al día (16-6-1906). Es obvio que el dato se refiere a la publicación del programa y no al juicio del autor que corre por su cuenta y, aquí, a su entimoteada cuenta.

En una oportunidad, incluso, su entusiasmo le hace errar feamente una traducción para obtener así un extraño, ditirámbico resultado. Es cuando cita un recordado floripondio de Constancio Vigil, quien, en un artículo de despedida a *Batlle*, el *28 de febrero de 1907*, rogó a su ídolo: "Tráiganos el genio de la Francia para su segunda presidencia" Vanger, que se engolosinó con el genio, tradujo: **"Traeremos al genio desde Francia para su segunda (de él) Presidencia (We shall bring the genius back from France for his second Presidency)** (p. 268)

★ *El creador de su tiempo*

Y es que toda la visión del autor concurre a este traspié. No puede dejar de tener consecuencias que Batlle sea para él, el genio solitario que lucha a brazo partido contra la incomprensión y la renuencia de sus partidarios, contra la insidiosa hostilidad de sus opositores. Para Vanger, contra todos los determinismos y causalismos, Batlle fue el creador de su propio tiempo. Y así, por vía inesperada concurre a la leyenda plutarquiana que hacía de Batlle poco menos que el inventor del país.

Llegados a este punto, dígase que si no lo última, que es más devota que racional, tanto la postura del investigador norteamericano como la que hace a Batlle un simple epifenómeno de profundos cambios socio-económicos sólo pueden ser falladas más allá de su mera pugna y aún de un completísimo conocimiento del inmediato pasado. Implican como es obvio, una previa actitud sobre la interacción del individuo y la masa en la historia, sobre el respectivo peso de la "multitud" y el "héroe". Y en nuestro caso, aunque comprendemos lo limpio de la reacción de Vanger contra ciertos sociologismos baratos, su sana afirmación voluntarista de la invención y la creación históricas, no creemos que su tesis, salvo en el caso de la elección de 1903, se sostenga con mucha firmeza. Al cerrar el capítulo a ella dedicado, Vanger afirma: **Una leyenda ha crecido respecto a la elección de Batlle como Presidente del Uruguay en 1903, una leyenda que ha alcanzado incluso los libros de textos norteamericanos sobre historia de Latinoamérica. Retrata una nación caótica cuyo pueblo, en su desesperación, se vuelve al más respetado ciudadano y le solicita acceder al gobierno. Ve una masa insurgente reclamando justicia social y a Batlle escuchando el llamado. Al principio desafía a Cuestas, después a los nacionalistas y resiste hasta que el Partido Colorado lo lleva al Poder. Por supuesto, la elección de Batlle no ocurrió de esta manera**, (págs. 67-68). **El pueblo**, recapitula Vanger, no intervino **en forma alguna: Batlle no se atrevió nunca a desafiar a Cuestas y ganó adhesiones por medio de negociaciones semejantes a las que se traban en las grandes convenciones de los partidos norteamericanos, unas negociaciones tan complejas, unos tratos tan arduos que Arena le preguntó, con asombro a Batlle si, por cuatro años, tanto esfuerzo valía la pena.** Contra la tendencia, reflejada por su compatriota Johnson, de ver en Batlle un hombre de **las** clases medias emergentes, Vanger **afirma que en el Uruguay todavía doctoral de la primera presidencia, ni clase media ni clase obrera lo apoyaron con especial énfasis**. Y en la introducción, adelantando su tesis, sostiene que **el libro encuentra la explicación en acontecimientos políticos, acontecimientos frecuentemente despreciado como meras manifestaciones de superficie de causas más hondas por esos analistas sociales que explanan el ascenso de líderes como Batlle como una respuesta a la emergencia de nuevas clases sociales. Y agrega que su libro concluye que el éxito de Batlle reside en su uso de la organización política colorada y de su tradición, *no en su respuesta a reclamos* y necesidades sociales** (pág. VIII). Es una interpretación que hoy puede encontrar un campo muy fértil de recepción. Salvo, claro está, que se sospeche que esa organización, y esa tradición, y este elíptico árbol en el que Batlle injertó, no tengan el mismo grado de salud en 1963 que la que, robustamente, disfrutaban en 1903.

★ *Historia y sociología*

Un enfoque coherentemente histórico y, en lo histórico, de historia política es el que Vanger ha adoptado en su libro y el que presumiblemente usará en los dos que le sigan. Esto le ha hecho sumamente cauto a toda generalización, a todo significado que, más allá de la serie de concretos acontecimientos, pudiera considerarse como "sociológico". El cuidado de no magnificar, de no atenerse a esquemas más o menos prestigiosos ha sido llevado a una voluntad de mesura que puede testimoniar ejemplarmente, su final recapitulación sobre las **Fuentes del Liderazgo** ("The sources of leadership"). Y al cerrar su narración de la Revolución de 1904, concluye: **Se ha alegado algunas veces que la guerra de 1904 representó una lucha del proletariado urbano dirigido por Batlle contra los terratenientes feudales de Saravia. Ver la guerra de esta manera es emplear una retorcida mirada. Los ejércitos de Batlle estaban mejor abastecidos que los revolucionarios pero, salvo esto, había poca diferencia entre ellos. Ambos lados estaban nutridos predominantemente con hombres provenientes del interior, ambos poseían contingentes policiales. El Gobierno también tenía las unidades del ejército regular —Saravia tenía pocos oficiales de carrera y más caudillos-estancieros que el Gobierno: sin embargo el Director de la Escuela Militar, Coronel Lamas, era el jefe del Estado Mayor de Saravia. El Gobierno tenía su propio lote de caudillos estancieros, encabezados por su principal general, Justino Muniz. Ambos bandos tenía sus contingentes de estudiantes universitarios y de políticos maduros. Algunos de los propios hermanos de Saravia combatieron del lado de Batlle. La *guerra no fue ni una guerra* regional ni una guerra social. Los dirigentes anarquistas y marxistas de los sindicatos de Montevideo no pudieron ver significación dialéctica en la guerra y durante la lucha todos los sindicatos de Montevideo firmaron un manifiesto reclamando la paz negociada... En el fondo los Colorados estaban luchando con los blancos. Estas razones tradicionales eran bastante para las tropas. Batlle y sus seguidores estaban combatiendo, como lo establecieron, por el gobierno legal, por "leyes, no pactos", por "elecciones, no acuerdos". Sus enemigos combatían no tanto contra estos ideales como para asegurar que ellos se concretaran bajo auspicios dignos de confianza** (pág. 167).

Enfrentado así con ciertas características de nuestros partidos tradicionales, Vanger es extremadamente reticente en, digamos, el primer trecho de su planteo. La heterogeneidad ideológica interna de los partidos y la ancha base ideológica común entre ellos; la índole policlasista de su reclutamiento (como suele decirse), y aun el modo inter-clasista y hasta intra-familiar de las adhesiones, lo han inhibido a menudo —y el texto citado es una prueba— de ciertos esquematismos más o menos "sociológicos" frecuentemente irresponsables. Con todo, podría objetársele, los significados sociales e idealógicos de un conflicto armado no se agotan —ni muchísimo menos— en la composición casi siempre similar de los ejércitos ni en las posturas ideológicas, frecuentemente descaminadas, de los ideólogos proletarios.

Si se dice que los significados socio-económicos (y socio-culturales, y socio-políticos) de un acontecimiento suelen ser difíciles de extraer; si se afirma que los significados importantes son casi siempre los "potenciales" y no los "actuales"; si se postula que tanto unos como otros siempre existen, se está tal vez cerca de la banalidad, pero de una banalidad que nos pone en el buen camino.

En ese camino, probablemente, alguien, algún día, conseguirá probar que nuestros partidos tradicionales si no un significado ideológico y social "a la europea", poseyeron otro, por lo menos, de formulación distinta pero no menos identificable. Algún día, también, se hará un corte cuidadoso en nuestra estructura de clases y de "intereses" a fines del siglo pasado y principios del presente. Entonces se aclarará de modo suficiente el muy enredado panorama de las relaciones de la estancia "cimarrona", y "capitalista", y "feudal" con gobiernos y revolucionarios; también el nada simple de las posturas y soluciones políticas 'conservadoras".

Por ahora pueden adelantarse algunas cosas seguras y que, si no tienen nada de detonantes, son capaces de quebrar algunos esquemas. La primera es que si la "modernización técnica" que estaba en pleno curso de realización tiene alguna importancia, la estancia específicamente "capitalista", que era la penetrada por ella, deseaba la paz, detestaba las revoluciones y era gubernista (por lo menos en lo que los intereses económicos y no la pasión partidaria fueran los que decidieran). A este propósito es singularmente reveladora la no hace mucho publicada papelería de Luis Mongrell y las más conocidas actitudes del pionero tecnificador que fue Carlos Reyles. Correlativamente, si había una 'estancia cimarrona" a la que el rutinarismo económico y la sensación de inferioridad arrastraban a la revolución, ella no era probablemente la más rica, ni la "capitalista"

Y si ciertas manifestaciones pueden tener un valor indiciario sólido, agreguemos que el mismo autor de este libro transcribe con interés las expresiones de "El Día" (24 y 25 de febrero de 1907), alegrándose de ver en la convención colorada **muy prominentes estancieros**.

De la misma manera, cuando se alega la efectiva resistencia de los "intereses conservadores" a Batlle y a su política se transfieren los motivos que obraron decisivamente con posterioridad a 1905 al período en que Batlle pugnaba por su primera presidencia. Lo que los conservadores temían en el Batlle de 1903, como lo temían incluso en el decadente Julio Herrera y Obes, era al colorado intransigente, enemigo de acuerdos y coparticipación y por ello, casi seguro y provocador de la guerra civil. No (es elemental) al promotor obrero y al nacionalizador económico que todavía permanecían inéditos.

Consciente es Vanger de esta transferencia, aunque no a subraye demasiado. Consciente pudo ser igualmente de que si la integración de los partidos uruguayos eran policlasista o ideológicamente borrosa, no se pasó de las primeras razones a las segundas, sin más ni más, instantáneamente, y en masa. La necesidad de manejar, sin embargo, conceptos inteligibles, entes genéricos pero identificables, le ha llevado a acuñar una figura de conservador políticamente blanco, económicamente rico e ideológicamente católico. Un conservador a la colombiana o a la chilena que si aquí funcionó unas veces no funcionó muchas otras y le hace, por necesidades de simetría, incurrir en tan patentes errores como el de imponer el sello católico a la muy liberal familia Lussich. Tal caracterización saltea también— la circunstancia de que también fueran ideológica y religiosamente liberales (e incluso importantes masones) los más destacados hombres (caso de Alfredo Vásquez Acevedo y Martín C. Martínez) que en nombre de los intereses propietarios enfrentaron a Batlle, tal caracterización le impulsa a asombrarse de la postura batllista de algunos católicos (caso de Manuel Tiscornia y Fernández y Medina); de unos católicos, agréguese, que si algún rasgo portaban era el de ser extremadamente escasos en cualquiera de los dos partidos tradicionales.

(1) Milton L. Vanger: **José Batlle y Ordóñez of Uruguay. The creator of his times: 1902-1907.** Harvard University Press. Cambridge, Massachussets. 324 págs.

(Continúa en el próximo número)

GRAFICOS

Por:

—Defensa del trabajo y del salario

—Fortalecimiento del S. A. G. junto a todo el movimiento obrero.

VOTE MARTES 14

LISTA 1

Comité Actividad Gremial